

La fecha del 5 de setiembre es la de la conclusion del diario de viaje de M. Mouhot. Siguió sin embargo llevando fielmente su registro meteorológico hasta el 25 de octubre; pero las últimas notas inscritas en su cuaderno de camino se limitan á las siguientes:

El 20 de setiembre, partida de B... p.

El 28, órden del Senado de Luang-Prabang enviada á B... mandando á las autoridades que no me dejasen traspasar aquel límite.

El 15 de octubre, marcha para regresar á Luang-Prabang.

El 18, alto en H...

El 19, estoy atacado de la fiebre.

El 29: «¡Dios mio! ¡tened piedad de mí!»

Esta exclamacion suprema, trazada con una mano temblorosa, es la última que el viajero ha confiado al papel. Violentos dolores cefalárgicos y una postracion siempre creciente habrian al parecer hecho caer la pluma de sus manos. El intrépido naturalista tenia sin embargo una confianza tal en sus fuerzas, que no parecia tuviese la conciencia de su próximo fin, á juzgar al menos por la invariable respuesta que daba á su fiel Phrai, cuantas veces éste le preguntaba si tenia algo que escribir á su familia: «¡Stop! ¡stop! ¡Aguarda! ¡aguarda! ¿Tienes miedo?» El 7 de noviembre el enfermo cayó en un estado comático entrecortado de delirio. ¡El 10, á las siete de la tarde,

estaba muerto! Veinticuatro horas despues, contra la costumbre de los laotianos que suspenden los cadáveres de la cima de los árboles, donde los abandonan, los despojos mortales de nuestro compatriota fueron enterrados, segun el rito europeo, por el celo de Phrai y de su compañero Dong, los cuales, tres meses despues, regresaban á Bangkok con las noticias que preceden, las colecciones, los efectos y los papeles de su amo.

¡Benditos sean por su fidelidad! Este es el voto de la viuda, del hermano, de la familia toda de Enrique Mouhot. ¡Sea tambien la de los lectores de esta narracion!

Pero no concluiremos sin formular otro. Enrique Mouhot yace á 5,000 leguas de distancia de su tierra natal, á 300 leguas al menos del punto mas próximo que habita un europeo. ¿No seria justo que Inglaterra, cuyos museos han recibido las colecciones que le han costado la vida, que Francia, á la cual ha enseñado y abierto el camino de Cambodge, le levantasen de comun acuerdo un modesto pero duradero monumento en el cementerio cristiano de Bangkok, donde sin duda habia ido á soñar mas de una vez, y cuya brillante vegetacion reúne bajo una sombra propicia la mayor parte de los objetos especiales de sus estudios: las flores, los insectos y los pájaros de los trópicos?



Vista del fuerte francés de Widah.

## VIAJE A DAHOMEY,

POR EL DR. M. REPIN, EX-CIRUJANO DE LA MARINA IMPERIAL FRANCESA.

1860.

### I.

Salida de Brest.—Goree.—Widah.—La barra.—Un naufragio en la barra.

De vuelta de la expedicion de Crimea fui á Brest, para reponerme en marzo de 1856. Se acababa de botar al agua el *Dialmath*, bergantin-goleta de la fuerza de sesenta caballos, armado con cuatro obuses de á 12. Su construccion especial y su poca cala le hacian muy propio para pasar las barras y remontar los grandes rios de la costa occidental de Africa, pues ya se construyó con este objeto.

La campaña debia durar de diez y ocho meses á dos años; los oficiales me instaron para que les acompañase, y accedí al fin á sus deseos. El 13 de marzo de 1856, recibí la órden de embarcarme en calidad de cirujano mayor del *Dialmath*, y algunas horas

despues estaba ya á bordo. El 14 de marzo salimos de Brest, dirigiéndonos á Africa.

Despues de haber tocado sucesivamente en la Coruña, Vigo, Lisboa y Santa Cruz de Tenerife, el 28 de abril por la mañana reconocimos el Cabo Verde, y en la tarde del mismo dia fondeamos en la rada de Goree, en medio de los buques estacionados allí á que nos incorporamos.

Durante los primeros meses el capitán de navío M. Protet, comandante en jefe, en la actualidad contra-almirante, nos empleó en algunas misiones á diferentes puntos de la costa, desde Goree hasta Gabon.

En octubre nuestro capitán recibió la órden de anclar delante de Wydah, en el golfo de Benin, y de ponerse allí de acuerdo con el director de la importante factoría que la casa de Régis, de Marsella,



fundó en aquel punto en 1842. El objeto de nuestra mision era visitar al rey de Dahomey, arreglar con él algunos intereses comerciales y remitirle, en nombre del gobierno francés, ricos presentes. Debíamos además traernos á Francia, si él consentia en ello, uno ó dos de sus hijos á fin de que se educasen en uno de nuestros liceos.

Cuando dimos conocimiento de nuestra llegada á la factoría por medio de las señales establecidas en la playa, M. V..., agente principal del establecimiento, pasó á bordo para entenderse con el capitán Vaclon. Se decidió permanecer algunos dias en Wydah, y durante ellos enviar un mensajero al rey para anunciarle nuestra próxima visita, dejándole el tiempo necesario para los preparativos obligados de nuestra recepcion. El capitán designó para acompañar al mensajero tres de sus oficiales, en cuyo número tuve la fortuna de contarme. Los otros dos eran MM. Cronan y Véron, aspirantes de marina.

A la mañana siguiente el *Dialmath* vió atracar la espaciosa y bella piragua de la factoría, conducida por catorce remeros negros. Colocamos en barricas á propósito nuestros uniformes y todos los efectos necesarios para una excursion de veinte y cinco á treinta dias. Todas las mercancías destinadas al comercio se encierran del mismo modo en barricas impermeables, porque es imposible desembarcarlas en la playa sin que por lo menos se sumerjan y sean con frecuencia arrastradas por el oleaje. Nos vestimos solo con una camisa y un pantalon de lienzo por lo que pudiera suceder, y despues de haber apretado la mano de los camaradas á quienes obligaban á permanecer á bordo las necesidades del servicio, partimos alegremente. Sin embargo, á medida que nos acercábamos á la tierra (de la cual habíamos fondeado á unas 3 millas de distancia), la conversacion iba siendo menos animada. Luego no se oyó ya mas que el canto monótono y cadencioso de los negros, al cual los mugidos de la Barra, cada vez mas perceptibles, servian de vigoroso acompañamiento.

Ibamos, en efecto, á encontrarnos pronto en presencia de uno de los magestuosos y terribles fenómenos del mar: *la Barra de las costas de Guinea*.

En estos momentos solemnes en que el hombre vá á jugar contra los elementos una partida en la cual su existencia es la apuesta, se recoge en sí mismo, y el mas aguerrido paga como todos su tributo al instinto de conservacion.

No será del todo inútil para algunos de mis lectores una pequeña explicacion de lo que se llama *la Barra*.

Durante nueve meses del año, los vientos del Sudoeste reinan en el golfo de Guinea. Están atraídos, segun algunos, por la rarefaccion del aire debida á la influencia de los rayos solares, rechazados por

las ardientes arenas del continente africano. Bajo su incesante accion, el Océano se ahueca en largas ondulaciones, que van á estrellarse en una playa arenosa cuyo declive hácia alta mar es casi insensible. Estas gigantescas olas (algunas tienen de 40 á 50 pies de altura), se hallan bruscamente detenidas en su base por la poca profundidad del fondo, mientras que su parte superior, obedeciendo al impulso recibido, y continuando sin obstáculo su curso furioso se revuelve en enormes torbellinos que van á estrellarse en la playa con un estrépito terrible. Asi forman, saltando y rebotando, tres líneas de rompientes á poca diferencia equidistantes, y de las cuales la primera está á unos 300 metros de la playa. Es un espectáculo que no se olvida nunca al que lo ha contemplado una vez; y si alguna cosa puede aumentar la impresion que causa, es ver á un hombre desafiar, en una débil embarcacion, estas cóleras de la naturaleza y triunfar á fuerza de valor y de destreza.

Cada una de las factorías establecidas en estos sitios, tiene para el cargamento de sus buques una ó muchas embarcaciones especiales montadas por una tripulacion de negros ejercitados. Estas embarcaciones son piraguas formadas de un solo tronco de árbol que miden algunas veces de 30 á 35 pies de longitud, y bastante anchas para que puedan estar sentados dos hombres uno en frente del otro. Están tripuladas por diez ó doce hombres completamente desnudos y armados de remos muy cortos y ligeros que tienen la pala elegantemente cortada como una hoja de nenúfar. Con estos remos, llamados *pagajes* guian la piragua con la mayor destreza sin apoyar el remo en el borde de la embarcacion como lo hacen nuestros marineros, y llegan sin embargo á comunicarle una maravillosa rapidez. El jefe de la tripulacion se mantiene de pie en la popa, gobernando con un palo de virar, largo, á poca diferencia, como el llamado bichero, que sirve para atracar y desatracar. Estas piraguas no tienen timon; concluyendo igualmente en punta por sus dos estremidades, no tienen, propiamente hablando, ni popa ni proa, y pueden indistintamente avanzar y retroceder sin virar de bordo. Para atravesar la Barra la maniobra consiste en mantenerse exactamente derecho encima de la ola, que se levanta algunas veces en forma de pico, y llena la piragua de agua, pero sin hacerla zozobrar. Asi se pasan sucesivamente la primera y la segunda rompiente, aprovechando el intervalo en que la mar que las separa, está en mayor calma, para vaciar la piragua del agua que la llena. Al llegar cerca de la tercera rompiente, que siempre es la mas temible, se espera un movimiento de resaca, y se rema vigorosamente para llegar á la playa antes que la ola se estrelle en ella.

Algunas veces la velocidad de la ola escede á la de

los remeros. Entonces, si la piragua está bien gobernada y no presenta su flanco á la oleada, se llega á tierra con una rapidez vertiginosa en medio de torbellinos de espuma. Pero el más mínimo golpe de mar que ponga, por poco que sea, á la piragua trasversalmente á la ola la hace zozobrar y se la lleva. Los negros son tan escelentes nadadores que en medio de las mismas rompientes la vuelven á levantar, la vacian y se colocan en ella de nuevo como si nada hubiese sucedido, á no ser que algunos de los tiburones que tanto abundan en aquellos sitios haya contado para comer aquel dia con alguno de los náufragos. No es muy raro este accidente, y algunos meses antes de nuestra llegada, el capitán de un buque inglés que habia zozobrado en la Barra de Lagos, proxima á la de Wydah, fue presa de uno de los monstruos.

Por lo demás, este peligro es el mayor, pues corre muy poco riesgo de ahogarse el que procura no confiar en sus propias fuerzas y prevenir á los negros que no sabe nadar. Estos se encargan entonces de su salvacion, y lo hacen con tanto mas gusto cuanto que saben que les espera una buena recompensa. Eso es lo que me sucedió algunos meses despues en la Barra de Assinia, en compañía de M. Mage, nuestro segundo. Ni uno ni otro sabíamos nadar, y zozobramos al llegar á la primera rompiente, á 300 metros á lo menos de la playa. En el momento en que la piragua cogida trasversalmente iba á sumergirse, los negros, segun su costumbre, saltaron como ranas espantadas para que no les estrellase contra los bordes de la barca la poderosa cantidad de agua que acababa de desenvolverse encima de nuestras cabezas. Se nos habia prevenido que imitásemos esta maniobra; sin embargo, confieso que no me decidí á ejecutarla sino con la mayor repugnancia. Algunos instantes que pasé en el seno de las *amarjas olas* me parecieron un siglo. Alfonso Karr cuenta que un dia, habiéndose echado al agua para salvar á un hombre que se ahogaba, quedó sujeto debajo del líquido elemento por el desgraciado que se asió de sus piernas, y que próximo á sucumbir, pudo en algunos segundos trazarse en un cuadro rápido, pero fiel, toda su vida pasada. Yo me hallaba en disposicion de asegurarme de la verdad de la asercion del novelista. En menos tiempo del que se necesita para contarlo, deduje muy lógicamente las consecuencias funestas de mi posicion crítica. La noche venia con la rapidez particular de los climas tropicales, y desde luego se me ocurrió que impidiendo la oscuridad á los negros distinguir el color de mi cutis, podrian muy bien tomarme por uno de ellos y dejarme abandonado á mis propias fuerzas. Asi es que apenas el capricho de las olas de que era juguete llevé mi cabeza fuera del agua, pedí auxilio á grandes gritos, y dos negros que me oyeron se me acercaron, me cogieron, y me

llevaron nadando hácia la orilla donde llegué sano y salvo, aunque algo trastornado por la aventura. En la playa encontré á mi compañero de infortunio, que habia sido trasladado á ella del mismo modo, y algunos instantes despues de este baño forzado, comíamos alegremente en el fuerte de Assinia.

No nos maltrató tanto la Barra de Wydah. La piragua se habia llenado varias veces, pero sin zozobrar, hasta el momento en que arrastrados por la ola tocábamos ya la orilla. Solo nuestros equipajes fueron arrastrados por la corriente, pero gracias á las impermeables barricas en que estaban encerrados, el mar nos los devolvió intactos.

Uno de los empleados de la casa de Régis nos aguardaba con hamacas dispuestas á guisa de literas.

Despues de habernos vestido debidamente subimos á ellas, y en menos de media hora nuestros forzudos silleteros nos hicieron cruzar la cenagosa llanura que separa á Wydah del mar, y nos hallábamos en la segunda ciudad del reino de Dahomey.

## II.

Algunas palabras sobre el reino de Dahomey.—Descripcion de Wydah.—El fuerte francés.—El templo de las serpientes ídolos.—El mercado.

El reino de Dahomey es, despues del de Achanti, el Estado mas poderoso de la costa occidental de Africa. Confinando al Oeste con Achanti, al Este con la Yarriba, al Sur con el golfo de Benin, está limitado al Norte por la cordillera del Congo, y estiende quizá su influencia hasta el Níger, cuya existencia conocen al parecer los dahomeyanos, los cuales opinan que la distancia que separa á Abomey su capital de los montes del Congo, es de ocho á diez jornadas de camino, es decir, 60 ó 70 leguas. Por otra parte de Abomey á Wydah se cuentan unas 50 leguas, lo que da un total de 110 á 120 leguas de Norte á Sur. De Este á Oeste, es decir, del país de Yarriba al de los achantis, la distancia es próximamente de 60 leguas. La superficie del reino de Dahomey es de consiguiente de 6,600 á 7,000 leguas cuadradas.

Bien que sea imposible establecer de un modo muy aproximado la cifra de la poblacion, no creo alejarme mucho de la verdad haciéndola subir á setecientos ú ochocientos mil habitantes. El número é importancia de las aldeas que hemos atravesado, el número considerable de guerreros y de pueblo que acudió á Abomey durante las fiestas que el rey nos dió, denotan á lo menos esta cifra. Hace apenas un siglo que el reino de Dahomey ha tomado toda esta importancia, por la conquista de los reinos vecinos de Ardra, Jaquin y Wydah, en otro tiempo independientes. Las antiguas relaciones de viajes refieren que, hácia 1730, el rey



de Dahomey, Guadya-Truda, hallándose en hostilidad con el de Wydah, invadió sus Estados y se apoderó de ellos. La ciudad de Sabi ó Xabi, situada á algunas millas al Norte de Wydah, era á la sazón la residencia de los comerciantes europeos establecidos en el pais. Sus establecimientos fueron respetados por el vencedor; pero algunos años despues se coligaron con los reyes vecinos de Ardra y de Jaquin para resta-

blecer al de Wydah en el trono. El pais sublevado por ellos fue nuevamente invadido y sometido, y esta vez el rey de Dahomey furioso arrasó sus establecimientos y los hizo perecer en medio de los mas atroces suplicios: los reinos de Ardra y de Jaquin fueron igualmente conquistados por Guadya-Truda. Mas adelante, la compañía francesa de las Indias obtuvo de uno de los sucesores de Guadya-Truda la autori-



Paso de la Barra delante de Widah.

zacion de fundar en Wydah establecimientos de comercio, siendo este el origen del que nosotros visitamos actualmente. La factoría de Wydah, arruinada y abandonada durante nuestras guerras marítimas de la Revolucion y del Imperio, fue restablecida, como ya hemos dicho, en 1842, por la casa de Régis, de Marsella, y hoy dia es uno de los puntos mas importantes de la costa para el comercio de aceite de palmera y el de marfil.

La ciudad de Wydah, la segunda del reino por el número de sus habitantes, y la primera por su importancia mercantil, está situada entre los 6° 17' de latitud Norte y 0° 29' de longitud Este, sobre una

meseta ligeramente inclinada desde donde se descubre el mar á una distancia de 3 millas próximamente. Como todas las ciudades negras, ocupa una superficie considerable, por las numerosas arboledas y estensos jardines que encierra. Los viajeros que la han visitado antes que nosotros, fijan su poblacion en veinte ó veinte y cinco mil habitantes; pero esta cifra nos parece exagerada en una tercia parte. El número de blancos es bastante reducido, y salvo algunos empleados de la factoría, no existian durante nuestra permanencia mas que tres ó cuatro familias de origen portugués, antes bastante opulentas gracias á la trata de esclavos, pero muy decaídas hoy dia de su anti-

guo esplendor. Los mulatos, que ocupan un barrio especial de la ciudad, son bastante numerosos y hablan una especie de dialecto portugués, distinguiéndose apenas de los naturales mas que en el color.

Diseminadas sin concierto las casas de Wydah están construidas con una tierra gredosa y amarillenta, muy abundante en todo el pais, cuyo terreno es arcilloso en su mayor parte. Esta tierra, blanda en el



Interior del templo de las serpientes en Widah.

agua, adquiere luego bajo la accion del sol una dureza considerable; de manera que si la empleasen para fabricar ladrillos, seria buena para construcciones regulares: asi fue como se construyó el fuerte fran-

cés. La mayor parte de los naturales no se toman tanta molestia; se contentan con encajonar la tierra para formar paredes de un cierto espesor que resisten mucho tiempo, si se toma la precaucion de proteger-